



GUARDAR LA VIDA

Por Benjamín González Buelta, S.J.

No puedo guardar mi vida
en una caja de seguridad,
ni en la cuenta secreta
de un paraíso fiscal,
ni entre paredes vigiladas
por cámaras y espejos,
ni en el frágil papel
de las crónicas de moda,
ni en la aprobación social
que pronto se evapora.

Yo solamente puedo guardar mi vida
en el corazón de los pobres,
en los cuencos de los ojos
que tantean las aceras,
en la inhóspita exclusión
de emigrantes sin papeles,
en la soledad helada
de los que viven entre rejas,
en el tedio de los últimos
que nadie roba ni codicia.

Porque ahí, en pobres, ciegos,
solos, últimos,
al entregar mi vida
donde se pierde,
la estoy guardando en ti,
Dios pobre y cercano.

† La Iglesia del Santo Ángel Custodio

† *Por Hilberto Nistal Zaldívar*

† Testigos (Lucas 24, 35-48)

† *Por Oscar Ávila, S.J.*

† Caminando junto a los Padres de la Iglesia

Por Santiago Lantigua, S.J.

SANTORAL

D 14: San Telmo / **L** 15: San Damián de Veuster / **M** 16: Santa Engracia / **Mi** 17: San Aniceto, papa / **J** 18: San Perfecto / **V** 19: San León IX / **S** 20: San Sulpicio

18 de abril: Día internacional de los monumentos y sitios

La Iglesia del Santo Ángel Custodio

Por Hilberto Nistal Zaldívar



La historia de la Iglesia del Santo Ángel Custodio se encuentra relacionada con algunos de los más grandes protagonistas de la historia cubana. Sus orígenes se remontan al año 1690, cuando la zona de Peña Pobre llegó a un número importante de pobladores y el obispo Compostela decide erigir un templo dedicado al Santo Ángel Custodio, que sirviera de auxiliar a la Parroquial Mayor. Esta construcción inicial sobrevivió hasta 1844, cuando fue derribada por un ciclón.

Para el 16 de octubre de 1870, siendo Obispo de La Habana Fray Jacinto María Martínez, quedó inaugurado el templo que conocemos actualmente. En este punto histórico es imprescindible recordar al párroco Francisco Abascal y Venero, quien protagonizó el empeño de terminar las obras de la iglesia y le dio al edificio el elegante terminado que lo caracteriza.

Dos figuras cimeras de la cultura patria fueron bautizadas en esta iglesia: el Venerable padre Félix Varela y el apóstol José Martí. Aunque se han desarrollado debates sobre la veracidad de esos hechos, durante la República quedaron esclarecidos y fueron publicadas

transcripciones de las partidas de bautismos en varios medios, como el periódico Avance del 12 de octubre:

“Libro Sexto de Bautismos de Blancos, Folio 203, Número 866. Jueves veinte y siete de noviembre de mil setecientos ochenta y ocho años. Yo F. Miguel Hernández, de la Orden de Predicadores, Capellán del Regimiento fijo en esta Plaza”.

“Sábado 12 de febrero de 1853 años: Yo, Presbítero Don Tomás Sala y Figuerela, Capellán por S. M. del Regimiento del Real Cuerpo de Artillería de esta plaza de la Habana. En la Iglesia del Santo Ángel Custodio de la misma bauticé solemnemente a un niño que nació el 28 de enero del presente año, hijo legítimo de Don Mariano Martí, Sargento primero del Real Cuerpo de Artillería, natural de Valencia y de Doña Leonor Pérez, natural de la Isla de Santa Cruz de Tenerife, una de las Canarias”.

Para la década del 40 del siglo pasado, la parroquia era sede de un gran número de organizaciones piadosas: Apostolado de la Oración, Nuestra Sra. de la Caridad del Cobre, Nuestra Sra. del Sagrado Corazón, San José, San Cayetano, Pajes del Santísimo y Doctrina Cristiana. Tan popular fue la devoción a San José de la Montaña, que la prensa solía reportar en las crónicas sociales la presencia de la primera dama América Arias, esposa de José Miguel Gómez, junto a sus hijas Petronila y Manuela, en las misas que ofrecía el Padre Abascal cada 19 de marzo.

Un detalle poco difundido respecto a la historia del templo es que el 4 de agosto de 1795 el pontífice Pío VI concedió a la parroquia la indulgencia plenaria a perpetuidad. Es ampliamente conocido que la iglesia y sus alrededores sirven de ambiente a una gran parte de la obra cumbre de Cirilo Villaverde, Cecilia Valdés o la Loma del Ángel. Por tal motivo fue colocada una estatua de la protagonista de la obra a las afueras del templo, obra del escultor Erig Rebull.

Testigos (Lucas 24, 35-48)

Por Oscar Ávila, S.J.

La experiencia con el Resucitado recién comienza. La primera comunidad estaba desanimada y sin ganas, el miedo se había apoderado de ella y no dejaba espacio para otra cosa que no fuera esconderse. Es en medio de esta realidad que Jesús se aparece y les regala la paz.

El desconcierto en que vive la primera comunidad es de personas que están hundidas en el miedo, que no son capaces ni siquiera de expresarse ante el Resucitado que aparece entre ellos. Su actitud es el silencio total; temerosos e incrédulos. No les bastan los signos del sepulcro vacío, sino que necesitan más. Es en este contexto en que Jesús se revela como el Resucitado de veras, pero aún no logran creer lo que están mirando.

El regalar la paz hace que esos corazones turbados comiencen a entrar en razón, comiencen a valorar lo que están viviendo; es el Señor el que sigue caminando con ellos, es el Señor que los viene a levantar y a sacarlos de sus temores. Y luego los invita a salir de sus temores y ser partícipes de la Resurrección.

La invitación del Evangelio es a ser testigos hoy, pero ¿de qué? En medio de la desesperanza, donde nos cuesta alcanzar la paz, ¿de qué podemos ser testigos? Estamos llamados a despabilar, sacudir la modorra que nos impide ver la resurrección que se está gestando

a nuestro alrededor, a que miremos la realidad con ojos resucitados que nos muevan a cambiar lo que es necesario cambiar.

Nuestra experiencia de pasión muchas



veces se apodera de todo nuestro quehacer; son tantos los escenarios de dolor, miseria, injusticia en los que nos vemos envueltos, que difícilmente podemos ver en ellos los signos de Jesús resucitado. Pero es en medio de esas situaciones en las que se nos

revela la presencia del Señor de la vida, que nos exhorta a mirar el contexto no como un acto de exitismo barato, sino como verdadero signo que nos mueve a cambiar la realidad desde sus raíces y nos lleva a ser Testigos, anunciadores de buenas noticias.

Jesús pone toda su confianza en este grupo humano, frágil y necesitado, pero dispuesto a dejarse convertir por esta nueva experiencia de vida que se regala y se muestra en la dificultad. Hoy es Jesús mismo quien nos convoca a salir de nuestros propios miedos y nos anima a manifestar su presencia viva en medio de la incertidumbre.

MENSAJE
DE VIDA

Tanto el amor como la verdad no se imponen jamás: tocan a la puerta del corazón y de la mente y, donde pueden entrar, aportan paz y alegría.

Benedicto XVI

Caminando junto a los Padres de la Iglesia (1/6)

Por Santiago Lantigua, S.J.



La Iglesia ha contado con hombres y mujeres que han intentado dar respuesta, desde sus oficios y saberes, a las problemáticas de su entorno. En los siglos I y II d.C., comenzaron a circular los primeros escritos de carácter propiamente cristianos: se anunciaban la Buena Noticia de Jesús y su Reino (los Evangelios), así como la actividad misionera de los discípulos. Paralelamente a estos, fueron apareciendo otros textos (en forma de cartas u opúsculos) que abordaban temáticas litúrgicas, rituales, teológicas y doctrinales específicas de las comunidades cristianas. A estos autores hoy se les conoce bajo el título de “Padres de la Iglesia”.

Según los estudiosos de la Patrología (como la ciencia que estudia la vida y obra de los autores de la Antigüedad cristiana), su reconocimiento está basado en cuatro condiciones: ortodoxia de doctrina, santidad de vida, aprobación eclesiástica y antigüedad. Sin embargo, esta última condición tiene algunas variaciones. En el caso de Occidente, la lista de estos autores llegará hasta el siglo VII, con san Isidoro de Sevilla (+636); mientras que en Oriente la lista llega hasta el siglo VIII, con san Juan Damasceno (+749).

Ahora bien, ¿por qué es importante conocer la vida y obra de los Padres de la Iglesia hoy? En primer lugar, ellos son testigos privilegiados de la Tradición, fueron quienes precisaron las profesiones básicas de la fe (Credo), así como de las formas litúrgicas, formalizaron las primeras estructuras de la Iglesia, fueron autores de las primeras

catequesis cristianas, vivían la universalidad y diversidad de la Iglesia como una riqueza, además eran maestros del diálogo entre fe y cultura.

Los primeros ocho siglos de la antigüedad cristiana, en relación con los temas abordados por los Padres de la Iglesia, se pueden agrupar en tres grandes períodos:

1) Prenicenos: apostólicos y apologetas, antes del Concilio de Nicea del 325 d.C.

2) Siglo de Oro

3) Período de Transición.

Para el propósito de este espacio, se abordarán los Padres Apostólicos, pues Vida Cristiana ofrecerá este segmento: Caminando junto a los Padres de la Iglesia. Su finalidad es, en primer lugar, colaborar en la divulgación de la vida, pensamiento y obra de aquellos personajes de la antigüedad cristiana a quienes la tradición eclesiástica ha denominado Padres de la Iglesia; además, sin caer en anacronismos, encontrar inspiración en estas fuentes seguras de la Tradición para comprender el caminar de la Iglesia hoy.

Tal como indicó el Concilio Vaticano II, la Iglesia necesita “volver a las fuentes”, no para repetir —cosa que hoy es imposible—, sino para encontrar un renovado impulso, volver a lo más originario del cristianismo: la experiencia de Dios en Jesucristo, la cual se contagiaba por el testimonio; y de esto los Padres son testigos privilegiados. En este sentido, “de la vida extraída de sus Padres la Iglesia vive todavía hoy; sobre los fundamentos puestos por sus primeros constructores todavía se edifica hoy en el gozo y en la pena de su camino y de su esfuerzo diario”. (Juan Pablo II).